Scholar@UPRM

La muralla

Item Type	Essay
Authors	García, Gustavo V.
Publisher	Centro de Publicaciones Académicas, Facultad de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Download date	2026-02-08 20:11:10
Link to Item	https://hdl.handle.net/20.500.11801/3332

LA MURALLA

Gustavo V. García

Está escrito en nuestras crónicas que el Emperador Amarillo,[1] en su desesperación y furia por salvar su vida, eligió a un humilde mensajero para enviar, desde su lecho de muerte, un mensaje secreto al más sabio de los médicos del reino.

El médico, a quien algunos todavía acusan de hechicería y peores artes, era un anciano tierno y versado en las leyes del sueño y los secretos de la vigilia. Aquéllos que tuvieron la fortuna de conocerlo y amarlo —yo me cuento entre esos pocos— recuerdan, con cierto orgullo en los ojos, que nada escapaba a su conocimiento. Los médicos del Emperador, vencidos por la impotencia y temerosos de afrontar las responsabilidades que acarrea la salud del Hijo del Cielo, no titubearon al afirmar que éste sería curado por el maestro de todos ellos.[2] Había, sin embargo, un pequeño inconveniente: hace mucho que nadie sabía de él. Sólo el vulgo, que todo lo infecta con sus comentarios, circulaba los más inauditos rumores. La mayor parte se resumía a que el anciano, vencido por la ingratitud y los años; o acaso cansado de la corte y huyendo de los hombres, hizo su refugio al otro lado de la muralla, casi al llegar a las impenetrables montañas de la provincia que colinda con la tierra de los bárbaros del norte. Los funcionarios y cortesanos, demostrando su educación y mejor discernimiento, rechazaron suposiciones tan necias;

---

[1] La versión que utilizo es la verdadera; y aunque concedo que existen varias transcripciones notables, ninguna puede compararse con la copia original que posee el Imperio.

[2] La poca verosimilitud de este pasaje ha originado innumerables interpretaciones críticas. Por su brevedad e importancia, transcribo algunas observaciones del poeta Meng Ding Ha. "Es curioso", observa con una lógica impecable, "que ésa haya sido la única vez que los médicos de la corte se hayan puesto de acuerdo. A pesar de que sospechaban que el mal imperial era incurable, su incapacidad y perfidia los alió contra el maestro, a quien, por lo demás, combatieron y criticaron con saña hasta llegar a acusarlo de arrogancia e impiedad".

y el emisario, cumpliendo con su deber y confiando en el poder de la muralla, recorrió en vano los dilatados campos y ciudades del Imperio.

El enviado del Emperador, después de buscar apresuradamente por todas partes, y tal vez por eso, cometió el pecado de pensar; y sin consultar a nadie se aventuró al pueblo prohibido,[3] a aquél que se levanta junto al borde más alejado de la muralla. Allá, no necesito repetir lo que todos conocen, la gente es extraña, está abandonada por la mano del dios viviente, desprecia las leyes, en su mayoría son nómadas, circuncisos y aborrecen las buenas costumbres. El mensajero también lo sabía, pero la salud del Hijo del Cielo le exigía seguir adelante.

En los párrafos que siguen resumo muchos folios que ilustran las ventajas de la lealtad, las dudas, el respeto a la tradición, a los textos sagrados; y sobre todo, a la imposibilidad de atravesar la muralla.[4]

Venciendo dudas que no pueden ser descritas y el asco que ese pueblo le merecía, el emisario imperial se detuvo para hablar con campesinos, prostitutas, hombres de tabernas y monasterios, salteadores de caminos, poetas y gente peor. Todo fue en vano. Nadie había oído hablar nunca del Emperador Amarillo y mucho menos del médico famoso. Le mencionaron,[5] eso sí, a un viejo curandero infalible y a su onagro salvaje que cargados de hierbas venían de vez en cuando del otro lado del gran muro.[6] La estupidez que tal afirmación implica confirmó lo que se sabe de aquella gente. El mensajero, honesto y ebrio de tiempo, según las crónicas,

---

[3] Uno de los cronistas oficiales, con aparente sentido común, justifica tan reprobable acción invocando la juventud e inexperiencia del mensajero. Esto, empero, contradice el riguroso entrenamiento al que se someten los postulantes a emisarios del Imperio; y, además, al cuidado con que fueron seleccionados, utilizando los preceptos del libro divino, aquéllos pocos que tuvieron el honor y la fortuna de servir al Emperador Amarillo.

[4] En esta parte, y escrito al margen, existe una nota donde un comentarista anónimo, citando una curiosa anécdota, habla de un resquicio en la muralla y de la probabilidad de su imperfección. Corresponde a Bakh Lu, mi maestro de gramática, la gloria de haber dilucidado tal asunto: el pasaje es espúreo.

[5] [*en un tono malhumorado, vago y sin detenerse*]. Añadidura al final del manuscrito de Hu Ching Sun. Hay mucha controversia respecto al significado de esta frase intercalada. Para un estudio detallado ver mis "Notas acerca de los bárbaros, de sus bárbaras costumbres y de la depravación de sus leyes".

[6] "*Gran muro*" y no "*muralla*" es una prueba de que el trozo textual es fiable. Es común entre los bárbaros, tal cual demuestro en mis "Notas", utilizar el primer vocablo y no así el segundo.

abandonó de inmediato el pueblo prohibido; y tal cual se espera de él, continúa buscando, aunque sin esperanza, al más sabio de los médicos del reino.

Y el Emperador, en su angustiosa espera; y porque sabe que su hora se acerca, sigue obsesionado, igual que sus ancestros, en reforzar la muralla. —La seguridad del imperio y mi salud, —argumenta, y en esto sus consejeros le atribuyen la razón, —depende de la impregnabilidad de la muralla.

Las crónicas, tal vez con algún propósito oculto, no revelan el final de la historia. En realidad no es necesario conocerla porque tú, Emperador Amarillo, mensajero, médico o lector, esperas que el mensaje secreto llegue a tiempo. Pero, ¿a quién se le ocurrirá, para salvar a un moribundo, la insensatez de destruir o traspasar la muralla que durante milenios fue construida por el esfuerzo y la sabiduría de nuestros antepasados?

Gustavo V. García
Department of Modern Languages
Boise State University